

MODESTO PARERA

*La Poesía
en Valparaíso*

Apuntes

Primera Parte

ASOCIACION ESCRITORES DE VALPARAISO

1972

MODESTO PARERA

*La Poesía
en Valparaíso*

Apuntes

Primera Parte

ASOCIACION ESCRITORES DE VALPARAISO

1 9 7 2

El Pasado Cultural de Valparaíso

Este trabajo tiene por objeto presentar un ligero panorama del movimiento cultural, centrado en el ángulo literario, principalmente poético, que ha tenido como escenario Valparaíso y su región.

Por un lado, para demostrar que hubo en el pasado, en la región, un fuerte empuje cultural, muchas veces de primer orden que en cierto modo puede enorgullecer al ciudadano más exigente. Y por otro, para desvirtuar un poco la imagen de que Valparaíso es una ciudad comercial, un poco fenicia, como se ha dicho, donde el arte y la cultura ocupan el lugar de los parientes pobres.

Los pueblos son importantes, en definitiva, por su capacidad de desarrollar ciertos valores culturales, espirituales y morales que dan a la vida una dimensión más elevada. Las cosas pasan, las generaciones desaparecen, todo sufre el rigor destructivo del tiempo, pero hay ciertos valores que, de un modo u otro, permanecen vivos y se hacen sangre en el pueblo mismo. Los que más contribuyen a esta salvación de la vida, a esta continuidad de la conciencia nacional, son ciertos hombres, a veces desconocidos en su tiempo, que generan ideas, sentimientos, formas expresivas, que dan a la vida un sello de permanencia y elevación. Piénsese qué sería el siglo XIX chileno, superada la etapa de consolidación de la república, y dejando a un lado sus militares y sus políticos, sin los nombres de Andrés Bello, Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, los hermanos Amunátegui y otros. O qué sería nuestro siglo XX sin Pablo Neruda, Gabriela Mistral y algunos nombres más.



Valparaíso fue en el siglo XIX un centro cultural que rebasó con creces su condición provinciana. Aquí nacieron muchas instituciones nacionales. Aquí se forjó el alma nacional, libre de las contingencias de la política menuda, con un empuje y una elevación de gran registro. Aquí llegaron, en la dictadura de Juan Manuel de Rozas, los intelectuales argentinos más notables. Alrededor de «El Mercurio», que fue el centro unificador de la cultura local, Sarmiento y Alberdi y muchos más sembraron un credo libertario que fue creciendo, dando consistencia al sentimiento democrático, que es, todavía, una esperanza para el futuro.

La capital, con toda la magia de las capitales, se fue llevando poco a poco sus hombres más relevantes. Más posibilidades de trabajo y de triunfo, más contacto, más estímulos, dejaron a la provincia un poco abandonada. Pero siempre hubo un núcleo, que seducido por el encanto y el embrujo de Valparaíso, mantuvo la bandera del quehacer literario con dignidad y con orgullo.

EL SIGLO XIX

El siglo XIX, visto con los ojos de nuestro tiempo, fue un siglo prosaico y retórico. En la lírica hispanoamericana sólo se salvan, y en proporción pequeña, algunos nombres del movimiento romántico que se inicia en 1830 y que son los que conocieron nuestros abuelos y nuestros padres a través de pequeñas y patrióticas antologías escolares. Para España, son Espronceda y Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, poetas que sólo tienen en nuestro tiempo un valor anecdótico y fragmentario. Para Chile son Eusebio Lillo, más recordado por su Canción Nacional, Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, Eduardo de la Barra, Salvador Sanfuentes y Mercedes Marín, nom-

bres casi totalmente olvidados, herederos del movimiento intelectual que se generó alrededor de Andrés Bello en 1842, año en que se funda también La Sociedad Literaria presidida por Lastarria.

Pero un poco antes de la revolución de 1891 llega a Valparaíso un indio genial que aquí abre sus alas, publica *Abrojos* y después *Azul*, para seguir triunfalmente una carrera poética de tan vastas proporciones que todo queda impregnado con su fuego. Rubén Darío, el nuevo y más brillante astro que conociera la poesía de habla castellana, dispara desde Valparaíso las salvas de un nuevo credo poético.

Un poco antes de su fugaz paso por Valparaíso —menos de dos años— la poesía chilena seguía los últimos balbuceos del romanticismo ponderado y sereno, etéreo y brumoso de Gustavo Adolfo Bécquer, considerado hoy el padre de la poesía moderna española. Bajo su influencia se realizan los *Certámenes Varela* que ganan Eduardo de la Barra y Rubén Darío y que despertaron tantas inquietudes dormidas, iniciando la marcha que iba a colocar la poesía chilena a la cabeza del continente. Si el siglo XIX fue un siglo de historiadores, el siglo XX, gracias al fuego inicial de Bécquer y Darío, iba a convertirse en un siglo de poetas.

CARLOS PEZOA VELIZ

Se abre el siglo XX para Valparaíso con la poesía de Carlos Pezoa Véliz, empleado de la Municipalidad de Viña del Mar, muerto en 1908, de vida atormentada y bohemia, cantor de la vida rural, del campo chileno, de los humildes. La nota social que domina su poesía, teñida de un profundo sentido humanístico, lo han salvado del tiempo destructor. Es el primer poeta que descubre la chilenidad. Hay una nota amarga y triste en casi todos sus poemas.

Dolorido por un medio social que no estimula ni reconoce al mérito, siente la tragedia de una vida sin grandeza y vislumbra un final, a través de su paso por el Hospital Alemán, en el que, después de todo, nadie dice nada.

PEDRO PRADO

En el mismo año en que moría Pezoa Véliz inicia su carrera en Valparaíso el poeta viñamarino Pedro Prado, que es, sin duda alguna, una de las cumbres más altas de la poesía nacional. Alongo lo coloca entre los cuatro grandes. Comienza su obra en oposición al modernismo de Darío, caracterizado por el uso constante de términos exóticos, extranje-rizantes, en donde el color y la musicalidad son las notas dominantes. Fiel a los simbolistas franceses, a los cuales admira, Darío comparte la teoría de Ver-laine: antes que nada la música, y se lanza a ver-daderos juegos de artificio, llenos de sonoridad, plás-ticos, descriptivos.

Pedro Prado intenta dar una respuesta distinta a la poesía. En lugar de las flores de loto, de los jaz-mines, de los cisnes, de las odaliscas, quiere volver a la pureza de la tierra natal. Su primer libro se llama —y es todo un símbolo— Flores de Cardo, hu-mildes florecitas, apenas sin fragancia, pisoteadas por la indiferencia, pero que cumplen su destino de em-bellecer el paisaje. Le siguen después La Casa Aban-donada, El Llamado del Mundo, La Reina de Rapa Nui, Los Pájaros Errantes. Comienza con poemas en prosa, ligeros y profundos a la vez, tiernos y meta-físicos, y poco a poco va encerrando su poesía en los moldes tradicionales hasta convertirse en el primer —y hasta ahora no superado— sonetista de Chile en Camino de las Horas, Otoño en las Dunas y Esta Bella Ciudad Envenenada.

EL ATENEO DE VALPARAISO

En 1901, desde Playa Ancha, un profesor de escuela primaria —50 años de Magisterio— empieza a lanzar una serie de revistas literarias, ilustradas, pulcramente impresas, que circulan por toda América y España y en las que colaboran los principales poetas de la época. Este mismo profesor, Luis A. Hurtado López, que asiste con regularidad a las sesiones del Ateneo de Santiago, creado por Samuel Lillo, en donde triunfa y es reconocido como un gran poeta, funda el 20 de Mayo de 1920 el Ateneo de Valparaíso que funciona en el Teatro Alhambra, la Biblioteca Severín y la Sociedad de Empleados Diego Barros Arana. El Ateneo funcionó desde 1920 hasta 1954, año en que falleció su Secretario Perpetuo, título con que fue designado en la sesión constitutiva.

En sus 34 años de existencia realizó una imponderable labor de difusión literaria y cultural. Se reunía cada semana y se dedicaba una parte de la reunión a escuchar los trabajos de poetas noveles, previamente inscritos, a la discusión fraternal de tendencias literarias, a la preparación y publicación de libros, a la dictación de conferencias. Durante muchos años el Ateneo organizó y realizó juegos florales anuales que significaron la más brillantes fiestas de la cultura y el arte que recuerdan los porteños y que sirvieron para dar a conocer sucesivas generaciones de poetas y escritores nacionales.

En el Ateneo colaboraron, para citar a los más conocidos, Carlos Casassús, Francisco Araya Bennet, Zoilo Escobar, Victoriano Lillo, Pascual Brandi Vera, Nefthalí Agrella, Roberto Hernández, Leonardo Eliz, Alfredo Guillermo Bravo, Víctor Domingo Silva, Ernesto Montenegro, Armando Donoso, Julio Vicuña, Augusto D'Halmar, Rafael Coronel, Alex Varela y Joaquín Lepeley, todos ellos de gran significación en la vida cultural y literaria de Valparaíso.

LUIS HURTADO LOPEZ

Nació en Valparaíso en 1887 y aquí le encontró la muerte en 1954. Cordial y fino, amaba la vida y el arte, y buscaba en la poesía los remansos necesarios para dignificar la existencia.

Se inició en la poesía en 1901 con *Selecta*, primera revista literaria de Valparaíso, que se publicaba quincenalmente, y a la que siguieron después *Blanco y Rojo*, *El Gato Negro*, *Novedades* y otras, todas de su propiedad y abiertas a todos los poetas.

Lírico de muchos recursos, conocedor del idioma como pocos, posee un estilo armonioso y elegante. Le preocupan el color y el sonido, la plasticidad de la frase; en cada línea persigue la armonía. La palabra le sirve para redondear sus ideas o sus sentimientos que buscan el perfume de la vida o del amor. Sensorial, fundamentalmente, canta el amor lujuriente de la luz en primavera, las gotas de sangre que cuajan en las cerezas, o el latido de la carne morena, en versos que son un deleite para el oído.

Al revés de otros poetas de su tiempo huye de las palabras rebuscadas, de las frases artificiales que llevan a vericuetos sin salida, de las escuelas. Indiferente a las tendencias, por encima de todo, quiere ser fiel a sí mismo. Ninguna concesión a los ismos de moda o al mal gusto dominante. Piensa que la modernidad significa darse a entender, buscar la claridad, lograr fácilmente la comunicación con el lector, pues la poesía es una entrega amorosa que termina en el lector. Si éste no la capta, la poesía no existe.

A los 25 años publica *Vibraciones*, con prólogo de Leonardo Eliz, en versos clásicos que exaltan el amor y la naturaleza, versos a los cuales se mantuvo fiel hasta el final. Fue incluido en la antología *Selva Lírica* de 1917, donde se lee: «Sus poesías claras,

precisas, impasibles, van encerradas en moldes impecables».

En 1942 publica *Retorno al Silencio*, libro más maduro, con un registro que abarca todos los temas sobre los cuales su poesía se desplaza sin esfuerzo alguno. La naturalidad, la sencillez y la elegancia forman sus notas distintivas.

En 1956 aparece su obra póstuma *Remansos Espirituales* al cuidado de su hijo, el poeta Ricardo Hurtado, obra que había dejado terminada, constituida por cincuenta sonetos de factura perfecta, armoniosos, pulcramente concebidos y resueltos, muchos de los cuales mantienen aún su frescura.

Dejó inédita una vasta obra que merece por su calidad ser recogida en un libro. Fue ganador de innumerables Concursos, imitado y plagiado en Argentina y en Bolivia, y está esperando aún, como tantos otros, la calle o la plaza que le recuerde.

JOSE PELAEZ TAPIA

De origen hispano, radicado en Valparaíso, participó en la mayoría de los certámenes de principios de siglo obteniendo distinciones. En los Juegos Florales Cervantinos, organizados en 1916 con motivo del Tercer Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, obtuvo el primer premio.

Sus temas tocan todos los asuntos, pero de preferencia asuntos españoles que trabajó con pasión y con amor. Enamorado del castellano, de las glorias hispanas, compuso extensos cantos donde lo épico se enlaza con el lirismo más extremado. En todos ellos convergen una gran serenidad y una profunda meditación. Huye de las expresiones antipoéticas y su buen gusto se manifiesta principalmente en *Castillo Interior*, 1915, que dedica al Director de *El Mercurio*, Guillermo Pérez de Arce. Compuesto este libro casi

todo en octasílabos, contiene 19 poemas que llama crisis, en los que nos parece advertir cierta influencia de José Asunción Silva.

Periodista de prestigio —es autor de una extensa historia de El Mercurio—, sus asuntos toman de preferencia la alegría del vivir, destacándose una trilogía formada por el pueblo, el campo y el mar. En todos sus poemas predomina la nota moral, el sentimiento tierno y delicado, la expresión fugaz, aleatoria, como perdida entre las nieblas de la imaginación.

«Solitario y silencioso, ni envidiado ni envidioso», según dice él mismo, cultivó de preferencia el octasílabo y compuso versos a la moda de su tiempo en los que se nota un profundo temblor religioso y una elevación espiritual. Nutrido de la poesía del Siglo de Oro español, escribe poemas al estilo de Fray Luis de León.

Seducido por Valparaíso, como ha ocurrido a todos los extranjeros que aquí se radicaron, le dedica un largo poema que tanto por su estructura como por su musicalidad recuerda la Oda a Barcelona, de Jacinto Verdaguer. Dice en él:

*Hoy vive en tu bahía la muchedumbre espesa
de naves extranjeras, de naves poderosas
que para saludarte cruzaron valerosas
cual aves mensajeras, el mar que en paz te besa.*

Su cultura se hace presente en todas sus obras que nos parecen naturales, sin artificios y sin concesiones. Su influencia fue grande entre la juventud que aspiraba a componer versos.

CARLOS BARELLA

Nace en 1893 en Santiago. Ha vivido largo tiempo en Valparaíso desde donde hace frecuentes escapadas a Santiago para recitar sus poemas en el Ateneo que dirigiera Samuel A. Lillo. Murió en 1966.

Es principalmente poeta porteño. Valparaíso está vivo en sus poemas iniciales y el mar es su telón de fondo. Así en Cuadro del Puerto:

*Una maritornes pasa,
un marinero la mira,
otro más audaz la abraza
y un gringo pobre suspira.
Suspira y para apartar
la amargura que lo aqueja
se pone a mirar el mar
y enciende su pipa vieja.*

Se inicia con Campanas Silenciosas, 1913, libro que trae un saludo poético de Vicente Huidobro y Daniel de la Vega y que despierta muchas esperanzas. En 1937 publica Mis Amigos, dedicado al mundo infantil por sus delicadas historias de animales.

Su labor literaria fue múltiple: poeta, autor teatral y periodista. En todos los géneros se reveló como un artista de fina sensibilidad. Además de las obras citadas publicó El Último Adiós en 1932 y Vida Pasión y Muerte de la Quintrala en 1938. Sus obras teatrales son numerosas.

Su poesía es vital y melancólica. Carlos René Correa nos dice en Poetas Chilenos, publicado en 1944, que Barella es el poeta de la ternura. «Expresa su ternura con el deseo de recordar su infancia y poner un velo de bruma sobre la tristeza que le fatiga; el poeta es triste y su poesía se pierde como una canción dicha a media voz, pero que oculta campanillas de oro, tal como su canario flauta».

PASCUAL BRANDI VERA

Nació en 1894. Fue fundador, con Luís Hurtado y otros intelectuales, del Ateneo de Valparaíso, que durante 34 años mantuvo una intensa y extensa actividad cultural. Hombre dinámico, ejecutivo, participó en todos los eventos que pudieran dar lucimiento a este puerto, que amó por encima de todo.

Su obra poética es extensa y en su mayor parte tiene como telón de fondo la ciudad y su mar. Publica primero *La Quietud del Farellón*, 1919, a la que sigue después *Oro de Otoño*, 1925, obras que dan a conocer su nombre y le abren un camino entre los poetas jóvenes. En 1940, con prólogo del «gran almirante», Augusto D'Halmar, se publica *Música de Puerto* con originales dibujos del autor. Y finalmente, en 1951, su último libro conocido *Aguas al Mar*.

Pintor-poeta, cultiva el romance con gracia y liviandad. Canta al puerto; pretende perpetuar sus viejas músicas perdidas entre los malecones. Exalta al viento sin rumbo que ebrio de poder se desplaza por los cerros rojos que rodean la ciudad como un cinturón. El mar le hechiza una y otra vez y le envuelve «el sordo clamor de las mareas» diciéndonos que «en las rocas fue dejando su llanto la marejada». Le dedica a la vida, «fatal, grotesca y seria» sus mejores sonetos, en alguno de los cuales usa eneasílabos.

Fue amigo de todos los grandes nombres de la poesía nacional y de todos ellos recibió testimonios de afecto. Neruda le dice: «Sus versos han dejado una vibración honda en los rincones de mi soledad». Alonc expresa: «los versos de Brandi Vera se imponen, admirablemente contruidos, sonoros, armoniosos, agradables. En el fondo tristeza».

En *Aguas al Mar*, efectivamente, encontramos como nota dominante la tristeza. Ahí nos dice: «Soy un río que arrastra aguas profundas y en el fondo

metálicos guijarros». Se siente solitario en su casa vieja, «baúl crujiente de la juventud» y recuerda que creció «sin otros campos de vagancia que las lejanías de mar y de cielo».

Es la suya una poesía noble, de evocación y de altísimas vivencias, construida lentamente, gota a gota, mientras los barcos se alejan buscando nuevos horizontes y la vida, desgarrada, hunde los seres y las cosas en su tempestuoso mar, dejando solamente un ligero recuerdo de su paso. Pascual Brandi conoce el destino trágico del hombre con los pies en el pasado y el pensamiento en el porvenir. Sabe de la fugacidad de todo, de la vanidad de todo, y por eso se aísla y se refugia entre los malecones de sus libros en busca de un poco de eternidad. Lejos del quehacer diario, la poesía fue para él refugio, templo y ensoñación.

JACOBO DANKE

Nacido en 1905 en Valparaíso y fallecido en Santiago en 1964. Pasó su infancia, juventud y principios de su madurez en el Puerto que dejó para siempre en su vida y en su obra literaria el sello marítimo que las caracteriza.

Perteneció al Grupo Gong del cual formaba parte Oreste Plath, Nefthalí Agrella, los hermanos Aníbal y Lautaro Alvial, Rolando Zúñiga y otros poetas y artistas de la década del 20.

Cultivó con extraordinario eclecticismo la poesía, el ensayo, la novela y la crónica periodística. Como poeta está considerado como uno de los más grandes de la poesía marítima de Chile. Cultiva un estilo agudo lleno de transparentes imágenes.

Es autor de varias novelas: *Dos Hombres y Una Mujer*, *La Tragedia del Circo Palombo*, 1934; *La Estrella Roja*, 1936; *Hatusimé*, 1947; y finalmente

Todos Fueron de Este Mundo, 1952, cuya trama se desarrolla en Playa Ancha.

Escribió Poemario, 1929; Las Barcarolas de Ulises, 1935, y numerosos poemas dispersos en revistas. Recomienda que «el que tenga pecho para la lanza, escuche los antiguos badajos de sus propias torres».

LEUCOTON DEVIA

Nacido en Valparaíso en 1902, falleció en Santiago en 1953. Comenzó imitando a la escuela parnasiana para derivar enseguida hacia las formas modernas conservando la armonía y una construcción fluida y sugerente.

El modernismo lo expresó en sus cantos primaverales que le valieron múltiples premios. Participó en numerosos Juegos Florales. Debido a que perdió la vista en un accidente, fue llamado el Milton de la poesía porteña. En el último concurso del Ateneo de Valparaíso obtuvo el único premio que se discernía por su elegía Al Padre, temblorosa evocación llena de ternura y amor filial.

ENRIQUE PONCE

1892-1954. Traductor de Omar Khayam y Paul Fort, empleado bancario de Valparaíso, publica en 1916 Flores de Espino. «Harto de la vanidad y estulticia ciudadana» canta a la montaña y el campo, donde la vida es más limpia y más auténtica.

En el citado libro incluye Diezmos Aldeanos, una serie de sonetos dedicados a los espinos, los viejos, la siesta, el guardia, la alacena y otros, casi todos ellos en verso alejandrino. Prefiere los temas campesinos. Irónico y realista, descuida el lenguaje

para detenerse en el elemento conceptual. Su poesía es descriptiva, realista, resbala cadenciosamente por una realidad un tanto prosaica a la que quiere reflejar, pero que de todos modos embellece.

HORACIO OLIVOS

Nacido en Quillota en 1872 y fallecido en Peñablanca, en 1917. Inspector general del Liceo de Valparaíso y profesor del Liceo de Viña del Mar.

Publica *Neuróticas* en 1903, dedicado a Leonardo Eliz, poemas que nos recuerdan vagamente a Espronceda, sobre todo en su Canto a Teresa. Poesía esencialmente romántica, dentro del lenguaje modernista, nos muestra un temperamento apasionado y sensual. El libro, compuesto de veinticinco poemas, trae un apasionado prólogo de Víctor Domingo Silva quien nos dice: «Horacio Olivos en torno a la mesita de mármol de un bar, bajo la luz de los picos de gas y entre el barullo de las charlas alegres me ha leído siempre su último libro». Dice, además, en este prólogo, que a ratos parecería escrito hoy día: «las viejas lirás han enmudecido. Quintana y Núñez de Arce son mitos para la nueva generación. Lillo y Matta han muerto con su época». Otros poetas, más jóvenes, se expresan hoy del mismo modo de su generación precedente. Son muchos los que creen que la poesía comienza con ellos.

En 1917 se publicó una edición póstuma de su libro *Falena*, costeadá por suscripción entre sus amigos. En este libro se acentúa más la influencia de Rubén Darío en busca del verso amplio y sonoro. Versos escritos durante su larga enfermedad trasuntan el dolor de la derrota y del próximo final con un desolado excepticismo «la muerte ha de acabar conmigo y con mi nombre».

Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya en su *Selva Lírica* lo califican como el pastor exótico del paganismo que «dice sus canciones impasibles bajo la sombra de los templos de la antigua mitología».

MARIA ANTONIETA LE QUESNE

Nacida en 1901 y fallecida prematuramente en 1921. Dejó dos libros inéditos, *Recodo Azul* y *Otoño*, poemas que después fueron seleccionados en *Recodo Azul* publicado por Ediciones Selectas del Ateneo de Valparaíso. Colaboró en las revistas porteñas *Numen* y *Siembra*.

Poesía de soledad y de tristeza, de dolor y de conformidad, en busca de la fe que salva y de la esperanza en el más allá, nos llega como el mensaje de una mujer que sabe que se va muriendo, sin desgarramiento, serenamente. Sabe que vendrá un día en que «no habrá veladas ni lectura de versos, ni música en las noches de luna junto al mar», pero que es preciso apurar hasta el final, dignamente, estoicamente, la canción de la vida, eterna, como «la divina tristeza de los atardeceres».

MARIA RAQUEL CERECEDA

Doce años después de su muerte aparece *Morir y no morir*, libro lleno de nostalgia y de tristeza, delicado, con un lenguaje simple y casto, vestido con brillantes imágenes, en que se aprecia un espíritu superior, ricamente dotado para la poesía que marcha envuelta en una vaga bruma unida a la ensoñación juvenil produciendo en el lector un verdadero impacto.

El tema del amor, eterno en el mundo de la poesía, forma el núcleo central del libro en donde se

encuentran algunos sonetos de gran jerarquía y elevación. Una profunda fe mueve sus poemas religiosos, sus cantos al Señor, su esperanza, porque sabe que «no se puede morir enteramente». Su voz es cristalina, pura, auténtica, sorprendente y hechicera.

ALEJANDRO GALAZ

Nace en Casablanca en 1905, donde tiene un monumento que le recuerda y en el que está reproducida una cuarteta de su poema a la villa natal:

*Esta aldea tan vieja es un barco velero
que una recia tormenta arrojó a la llanura.
Hay en todas las cosas un dolor marinero
y en las almas labriegas una sed de aventuras.*

Muere en 1933, a los 28 años exactos, cuando todo podía esperarse de él. Periodista y bohemio, sin audacias formales va dando forma a sus producciones que el tiempo mantiene vivas con la misma intensidad. Al respecto, Manuel Astica, su prologuista, nos dice: «El poeta resiste triunfal la dura prueba. Su voz se prolonga pura, diáfana, en arco iris tendido sobre el tiempo, luminosa, plena de natural belleza, cuajado de emoción en un cielo despejado de nubes y de turbulencias que pudieran perturbar su límpida visión. Es como un encantamiento».

Fiel a las formas vigentes entonces, Alejandro Galaz, gran señor de la poesía, decía que «el poema lírico es el despertar de la imagen dormida», y, fiel a este precepto, de sus vivencias infantiles o de sus experiencias amorosas saca el material de sus poemas. Sus romances de infancia, principalmente el que empieza con Trompo de siete colores, vivirán largamente porque están en la raíz de la vida misma despertando en cada lector, aun para el más negado

a la poesía, toda la primera etapa de la vida soterrada bajo los altos olmos del quehacer cotidiano.

Canta al amor —le dedica una larga oración— con la pasión del enamorado y por eso va al bosque «a beberse la primavera» y le daría todos los días que le quedan a la «niña de la cabellera como los trigos maduros». Su lenguaje es tierno, reposado, ingravido. No persigue la imagen, la distorsión de la frase. La metáfora viene sola, sin esfuerzo, produciendo un verdadero impacto. Todo abre para él su caja de sorpresas, todo lo viste de violetas, lo embellece, porque la paz le posee, le alimenta:

Descolgué los recuerdos.

Ahuyenté las viejas sombras que tenían sus muros, y su canto se extiende con un rumor de pájaros sobre la melodía del tiempo en busca del corazón que espera la llegada triunfal de un nuevo amor, aun sabiendo que bajo la Cruz del Sur se quedará dormido para siempre.

Publicó *Molinos* en 1935, y *Sonido de Flautas en el alba* en 1958, edición póstuma, por cuenta de la I. Municipalidad de Valparaíso, gracias a las gestiones de su alcalde, Santiago Díaz Buzeta, a quien la poesía le debe un homenaje.

ZOILO ESCOBAR

Nació en 1875 y falleció en Valparaíso en 1959. Luis Hurtado lo llevó al campo de la poesía y lo incorporó como segundo director a su revista *Selecta*. Hemos podido leer una dedicatoria en que celebra esa gloriosa oportunidad. Actuó de secretario de las revistas de Hurtado durante muchos años y se dió a conocer en el Ateneo de Valparaíso, cuya historia está aún por hacer.

Su única obra publicada es *Girasoles de Papel* editada por Nascimento en 1928, compuesta de cua-

tro siegas. Los poemas de este libro nos muestran un poeta dentro de la línea clásica, algo vacilante en su solución, pero rico en adjetivaciones. Comienza diciéndonos «Soy un viajero que va por la desnudez amarga» y confiesa que vive «sin gloria, sin fama y sin dinero» pero que está orgulloso de su espíritu.

Figura, al igual que Leonardo Eliz, en la antología *Selva Lirica*, publicada en 1917. Su libro está dedicado a Juan Agustín Araya, uno de los autores. Amigo de los escritores de su tiempo a cada uno de ellos le dedica un poema. Hasta Pablo Neruda, muy joven aún, figura en la larga lista.

Comenzó escribiendo poesía tradicional, principalmente sonetos, como era costumbre para probar fuerza, y hasta alguno que otro sonetín en los que se nota un lenguaje modernista y un vivo interés para tratar temas exóticos. El contacto con poetas jóvenes, con otras inclinaciones, fue cambiando su poesía, que no tuvo tiempo de recoger posteriormente en libro alguno y que figura dispersa en diarios y revistas. Por eso en sus últimos tiempos escribe poesías plenamente actuales.

Le sedujo la poesía de contenido social en sus últimos años y su bohemia le inspiró nuevos temas. Vivió en una constante renovación de estilos y trató de captar la fiebre de su tiempo reflejando la angustia de una sociedad que permite la miseria y la injusticia. Poeta social, combatiente, usó la poesía como una arma y como una esperanza. Anuncia la fuerza atómica antes de la explosión de la primera bomba de Hiroshima, y clama por la organización de la abundancia, la seguridad y la cultura.

Su obra, de la que estuvo muy celoso ha sido menos importante que su ejemplo. Inspiró muchas voluntades y ejerció cerca de los poetas rebeldes una visible influencia. Según Raúl Silva Castro fue «un lírico pensador que dió más importancia a las ideas que a los sentimientos, a pesar de que su vida inte-

rior fue rica y animosa». Según Manuel Astica a quien se le debe una exquisita biografía, «su poesía entera está iluminada por un fervoroso lampadario interior que se traduce en un canto de vida, místico y pan-teísta, junto a un profundo amor a la justicia, a los débiles y al pueblo».

LEONARDO ELIZ

Nació en 1861 en Santiago. Periodista y profesor, además de poeta. Murió en 1939 en Valparaíso donde pasó la mayor parte de su vida.

Comenzó la larga lista de sus publicaciones con *Musas Chilenas* en 1889, libro donde hace una reseña lírica y biográfica de los escritores más importantes. Remató su labor de poeta con *Colores y Ritmos* en 1934. Dejó una gran cantidad de poemas que no han sido publicados hasta la fecha. Tuvo una especial adoración por las rosas a las que dedicó un libro donde incluyó numerosos poemas de otros autores.

El título evocador de *Colores y Ritmos* ya indica la dirección de su poesía atendida a lo formal más que a su contenido. Es un poeta clásico, tierno y delicado, poseedor de una gran dulzura y una vaga melancolía becqueriana, cuya influencia es bien visible, sin que Rubén Darío se encuentre ausente. El mismo expresa que «se embebe en los sueños de celestes serafines», «visita los vergeles», «canta a Chile y a sus glorias ensalzando las bellezas de su tierra sin igual».

Canta a la vida con su lira romántica y resuelta a veces, admira a la naturaleza en tono grandilocuente y sonoro. Las influencias modernistas son leves y sólo se manifiestan al final de su vida. Se nota en sus obras un gran dominio del idioma, sin la explosiva fosforescencia del poeta nicaraguense. Pero no puede escaparse de las ninfas, de los céfiros, de las

rosas encendidas y de las noches umbrías, como era natural en los primeros años de este siglo.

Le preocupa que todos puedan entenderlo, principalmente los jóvenes y de ahí que escriba:

*No desdeño las leyes de las artes antiguas;
ni los versos y rílos del habla de Castilla.
Y canto porque siento en mí la poesía
para ser entendida por jóvenes y niños.*

Su obra de orientador de poetas principiantes tuvo mucha importancia. Casi todos los que escribieron en su época le dedicaron su primer libro o su mejor poema. Versificaba con facilidad sobre cualquier motivo y por eso fue considerado un poeta extraordinario. No hubo certamen que no contara con su concurrencia paternal y entusiasta. La lista de sus obras es muy extensa. Además de las citadas, escribió *Las Rosas*, 1902, estudió en prosa y en verso, *Poesía Lírica*, en 1903, *Cora*, en 1912, donde resucita una forma medieval: el triolet, de gran auge en el siglo XIII en Francia y en Italia. Utiliza todas las formas métricas conocidas y en todas se mueve con singular fortuna. Su preocupación más alta es la de que su obra inspire sentimientos castos, nobles y tiernos. Tanto como poeta fue un moralizador. Eduardo de la Barra encuentra en él un biógrafo interesante.

DANIEL DE LA VEGA

De Quilpué nos llegó Daniel de la Vega, nacido a finales del siglo, pálido, delgado, con su poesía romántica, sentimental y mística, que traía el perfume de los huertos de su pueblo. Soñador, enamorado de la música de las palabras, entre brumas y evocaciones, pulsa la cuerda íntima que hace blanco certero en el corazón femenino. Su Miércoles de Ce-

niza, su Reino de las Angustias produjeron gran impresión por la alta calidad de sus poemas. Son muchas las personas que recuerdan con emoción su Bordado Inconcluso.

AUGUSTO D'HALMAR

Augusto D'Halmar, el gran almirante, enamorado también como Darío de culturas exóticas, pone su entusiasmo y su pasión en Pierre Lotí y Blaise Cendrers. Su poesía ha sido opacada por su obra narrativa: El Cura Deusto, Juana Lucero y otras, pero tiene acentos vitales que merecen destacarse. De regreso de España y en los años que pasó en Valparaíso fundó la Casa del Artista y la Alianza de los Intelectuales. Su influencia fue de gran peso. Alto, con sus blancos cabellos, su capa española y su impagable amor por la tertulia que recogió en Madrid, pasaba horas y horas en el Museo de Bellas Artes de calle Condell, transformado en Casa del Artista o en el Centro Español de la calle Victoria explicando o inventando historias imposibles con una elegancia y una suavidad y dulzura en la voz que le daban una impresión mágica e irreal. D'Halmar tiene una pequeña calle que le recuerda, pero la muchachada se llevó la placa que con tanto esfuerzo y amor le dedicaron sus admiradores.

TERESA BORQUEZ

Nacida en 1900 y fallecida en 1941. Autora de Lágrimas, Verbo y Luz, 1936, y de Mi Último Folio, obra póstuma, publicada en 1966 en un elegante volumen con 144 poemas que incluyen casi toda su producción. Su poesía se extiende por todos los ámbitos, generosamente. Canta al amor y a los hijos,

evoca al mar, a las olas y a los barcos muertos, al otoño y al destino, a las mujeres de América y a los huérfanos. Todo lo recoge su musa y lo convierte en canción, en luz y en esperanza. Poesía de gran dignidad, mantiene un ritmo impecable dentro de la estructura del verso libre.

NEFTALI AGRELLA

1898-1957. Secretario de redacción del Ateneo de Valparaíso, publica Poemas, en 1925, dedicados a «los que van, como yo, desorientados en la vida». Ha escrito también un volumen de cuentos El Alfarero Indio, 1933, y De las Zonas Vírgenes, poemas. Hace el elogio de la soledad, vuelve a la infancia perdida y se esfuerza para encontrar el alma de su ciudad natal, «red de humaredas», «tablero de ajedrez», «bandera tendida por encima del mar».

ALFREDO GUILLERMO BRAVO

Nace en Valparaíso en 1890. Falleció en 1941. Fue Presidente del Ateneo en 1920-1922. Con Agustín Araya publicó en 1908 Plumadas. En 1910 escribió El Jardín de mis Ensueños, a la que siguieron Torre Sonora en 1914 y La Isla de Oro en 1919. Escribió, además, pequeños estudios, novelas y comedias.

En su poesía y en su obra total se preocupa de los que viven al margen de la sociedad: ciegos, truhanes, barredores nocturnos, prostitutas, organilleros, trasnochados. La miseria y el dolor le revuelven haciéndole cantar con la pretensión, diríamos hoy, de dejar testimonio de su tiempo y de una realidad descarnada y miserable. Más tarde la política lo desvió de la poesía.

RAMON CLARES

Nacido en 1888 y fallecido en 1944 es autor de Estampas Sagradas, 1924, gran amigo de Luis Hurtado, está dominado por una fuerte tendencia mística, presente en casi todos sus poemas. Señala que el amor es su única palabra, pero sus temas surgen de sus experiencias vitales abarcando muchas facetas. Elegante en el decir, florido y profundo, tiene poemas que mantienen su interés a pesar de los años transcurridos.

EGIDIO POBLETE

Egidio Poblete nace en Los Andes en 1868. Falleció en 1940. Periodista de La Unión 1899-1922 y de El Mercurio 1922-1940. Tradujo en verso endecasílabo libre La Eneida de Virgilio, en lenguaje puro y castizo que le acreditó como buen latinista y le demandó veinte años de trabajo. Logró verla publicada en 1938. Escribió novelas, entre ellas La Avenida de las Acacias y recogió en cinco volúmenes sus famosos Cuentos del Domingo, 1915, en los que sobresale la nota misteriosa y satírica.

En 1938 publicó un libro de poemas titulado Minuta, libro capital y fresco todavía, lleno de sinceridad y de modestia, de nobles ideas y de sentimientos elevados. Su «última chispa», según nos dice, porque «todo corre a acabar, se extingue y calla». Hombre de letras, dinámico y sugerente, la poesía fue para él un refugio y un consuelo. El mismo nos dice:

*Con mi amor al latín por todo auxilio
y obedeciendo a ímpetus lozanos,
traducía el poema de Virgilio
en muy humildes versos castellanos.*

ALBERTO MAURET CAAMAÑO

Nace en Santiago en 1880 y fallece en 1934. Establecido en Valparaíso publica Alma en 1903. Antes había publicado Búcaro Sentimental, 1899. Le siguieron otros libros: Por el Azul, 1920, El Confesionario bajo las estrellas, sonetos y otros poemas, En el Regazo de Venus, y, finalmente, La Sombra de Psiquis. Se caracteriza por su interés en temas románticos, su delicadeza y el dominio de todas las formas métricas. Brilló principalmente en el soneto. Fue director de la revista santiaguina Corre Vuela. Dentro del modernismo mantuvo estrecho contacto con Ruben Darío. Escribió muchos versos festivos, dispersos en revistas. Fiel a la escuela de Verlaine busca el halago del oído con versos de delicada textura. Nada de frases altisonantes; sólo la expresión sencilla, liviana, ponderada, galante, en versos románticos que fueron muy celebrados en el mundo femenino.

VICTORIANO LILLO

Nacido en Quillota en 1889 y fallecido en Valparaíso en 1959. Escribió Lepra de oro, 1930, La marca, 1938, y En reposo, 1956, novela que contiene además algunos cuentos. Su asidua colaboración en los diarios le permitió tomarle el pulso a la producción literaria y calificarla certeramente. De joven escribió poemas y en los Juegos Florales de 1922 obtuvo una importante distinción. Su poesía tiene un marcado acento naturalista donde los elementos retóricos quedan excluidos. Figura en Selva Lírica. Premiado en el Certamen Swinglehurst en 1915.

GENARO WINET

Pseudónimo de Oscar Galleguillos Verón, nació en Valparaíso y se dedicó al periodismo. Junto con Oreste Plath dirigió la revista Gong. Más tarde fue director de la revista de la Marina Mercante Nacional. Ha publicado *Cien Años de Carbón de Lota 1952* y *Un cuarto de siglo a través de dos mares, 1954*. Ha sido premiado en varios concursos y figura en varias antologías nacionales y extranjeras. Oreste Plath nos dice que es un creador de fantasmas luminosos y sembrador de imágenes inescuchadas.

CARLOS CASASSUS

Nacido en 1899, publica a los 19 años su primer libro de poemas titulado *Latidos*, en que paga tributo a la tradición poética española del siglo XIX. Le siguen *Altamar, 1928*, dividido en dos partes: el puerto y el dolor. En 1938 aparece *El Romance de las Sirenas*, largo poema mitológico extraído de la raíz del psicoanálisis, y finalmente *Mi Atlántida, 1965*, su libro fundamental.

Su obra resume cincuenta años de poesía alrededor del puerto, del mar y los marineros, del amor y del dolor, en busca de la realidad oculta, inaccesible, que sólo la intuición puede revelarnos. Obra profunda y entrañable, vital y auténtica, llena de evocaciones y de nostalgias, por donde corren libremente las esperanzas milenarias del hombre inmortal.

Joaquín Edwards Bello dice en el prólogo de *Altamar* «Casassus es el poeta del puerto. Valparaíso, con sus ascensores, sus tabernas y la bahía bruja, donde cada guijarro tarda cuatro días para llegar al fondo, le ha visto pasar con su cabeza de caracoles y el verso pronto en las puntas de su persona como electricidad ingénita».

RAFAEL CORONEL

El ecuatoriano Rafael Coronel nacido en 1897, profesor durante muchos años en el Liceo Eduardo de la Barra, hombre de tertulia y de vida bohemia, vivaracho y expansivo, de palabra fácil y de gesto romántico, escribió *Ropa Vieja* en 1939, uno de sus libros más importantes; *La Tristeza de Patio, Domingo Pobre*, 1942; *Yayay*, 1944, elegía al hijo muerto, libro lleno de tristeza y dolor. Publicó después *Con los Párpados Cerrados*, 1944, su libro más maduro y depurado, dedicado al amor feliz porque «hay que entonar un himno de alegres castañuelas».

Su poesía, de lenguaje coloquial en sus primeros libros, es extremadamente simple y tiene a la vez un marcado acento social. Canta al pueblo, a las cosas humildes, al hijo perdido, al palo encebado, al chocolate con queso, en un estilo juvenil y alegre por donde se escapa una dulce bondad.

VICTORIA CONTRERAS

Nacida en Quillota en 1900. Profesora primaria, dotada de una inefable claridad y de una extraordinaria ternura, ha publicado dos obras que mantienen vivo su recuerdo.

Su primer libro *Diapasón sin Sonido*, 1936, fue muy bien recibido por la crítica, pero *Trompo Dormido*, 1938, libro de poemas infantiles, colocó su nombre en un lugar muy destacado. Desgraciadamente, se suicidó en 1942.

Su poesía es dulce, melancólica, vital. Su contacto con el mundo infantil la dotó de una inmensa riqueza que trasladó a sus poemas delicados y llenos de metáforas.

AMALIA SALAS

Profesora de La Calera publicó dos libros de poemas infantiles llenos de ternura, en forma sencilla, que la colocan en un lugar preferente entre los poetas. Su estilo, sin adornos, claro y directo, llega al corazón del mundo infantil como un mensaje de amor.

ELENA OSUNA

Escritora y poetisa porteña. Con el pseudónimo de Inés de Castro colaboró en *El Mercurio* en la página femenina. En 1934 publica *Anfora Colmada* con visible influencia de los poetas españoles del romanticismo. Libro compuesto en su mayor parte de sonetos «canta la paz, la calma y la ventura que goza lejos del bullir mundano».

Su segundo libro, publicado en 1943 con el nombre de *Prenilunio* revela mayor dominio del verso, más concisión, un mejor empleo de los elementos poéticos y una adjetivación más precisa. Predomina el verso de arte menor y la rima es reemplazada por el asonante. Sus poemas revelan una gran serenidad y una pureza de sentimientos que le prestan un especial encanto.

SERGIO ESCOBAR

Maestro, cuentista y novelista, escribió varios libros de poesía. Nació en Valparaíso en 1930 y falleció prematuramente en 1970 en su misma ciudad.

Publicó *Cirial, situaciones* en 1961 con prólogo de Juvencio Valle y en 1963 *Cinempoemas*, presentados por Andrés Sabella. En revistas y publicaciones suel-

tas se encuentran numerosos poemas suyos. Ha ganado también diversos premios.

Juvenio Valle nos advirtió que Escobar miraba la vida con cristales irónicos y que por eso veía las cosas con relieves y ángulos que nunca fueron vistos. Su estilo certero, irónico y hermético no ha hecho popular su poesía. Jamás lo ha pretendido por otra parte. Pero en su obra se encuentran grandes hallazgos, imágenes sorprendentes, dolidos y extraños desgarramientos, toda la pasión de un ser rebelde que quiere escapar de la palabrería fácil. Nada de retórica hay en sus poemas, ninguna concesión a las viejas cadenas de la poesía, nada que enturbie románticamente la claridad de las cosas, sólo iluminadas caprichosamente por la mirada del hombre. Por el contrario, hay una inmensa pasión de ver claro en la oscuridad, de orientarse en un mundo sin destino, de buscar la autenticidad más allá de toda limitación. Los títulos mismos de sus obras nos revelan su íntimo pensar.

Su primer libro *Cirial, situaciones*, nos indica su intención poética. Escobar busca, no como Huidobro un mundo creado por la imaginación, sino enriquecido por el quehacer poético. Busca iluminarlo desde ángulos imprevistos, como en el cine, tratando de obtener de las cosas, de los hechos, de las palabras y de las situaciones, su dimensión interior, aquella que está más allá de la simple mirada y a la que se llega por la pura intuición.

Sus dos libros son sorprendentes y a la vez lógicos. Escobar piensa que «crear poesía es, sobre todo, un fenómeno de iluminación», una especie de descubrimiento, porque sabe que «con hablar nada se gana», que «todo se pierde en el bosque de las palabras».

Toca los temas más modernos: «el olvidado aspecto de terror de los meteoritos venidos a menos», «todo el instrumental del tránsito sideral», «su blando

túnel cibernético», en largos poemas por los que se deslizan todos los elementos de una edad contradictoria y en permanente crisis. Sabe que «no hay oficina más amplia ni más alta ventana iluminada que el oído» y que por ahí puede llegar la salvación, el gran sol interior «que es la sonrisa del hombre».

Es la de Escobar una poesía profundamente humana, dolorosa a veces, consciente de su menguado papel de embellecer la vida, pero fatalmente ligada al destino del hombre siempre en busca de nuevos horizontes, subiendo y cayendo, hasta la muerte misma, anheloso de una eternidad que se le desvanece a cada instante.

JULIO SALCEDO CONEJEROS

No podríamos cerrar esta incompleta lista de poetas del pasado que nacieron y vivieron en Valparaíso, y de la cual hemos omitido deliberadamente a los prosistas, sin mencionar, aunque sea brevemente, a un escritor porteño que durante largos años animó las veladas literarias de la ciudad. En cierto modo continuó la tradición de Leonardo Eliz, Luis A. Hurtado López y Augusto D'Halmar. Nos referimos a Julio Salcedo Conejeros nacido en 1901 y fallecido en 1969.

Autor de *Gatica con Soto*, novela presentada como expediente de un juicio por alimentos, destaca por su originalidad en este campo. Escribió más tarde un libro de cuentos titulado *Cierta Persona*, 1949, y una novela, *El Organo de Julián Ramírez*.

Pero su importancia mayor radica en su mecenazgo moral. Su casa estaba siempre abierta para todos los que tenían inquietudes literarias. Reunía mensualmente alrededor de su mesa, atendida por su gentil esposa, a los poetas y escritores porteños y a los que estaban de paso en la ciudad. Con frecuencia apare-

cía alguna primera figura santiaguina. Sus tertulias llegaron a ser el centro del movimiento cultural de la ciudad. Allí se hablaba de lo divino y de lo humano. Todo el mundo recibía estímulos y sugerencias. Se alentaron muchas vocaciones y se mantuvo la llama sagrada de la inquietud literaria. Valparaíso no sabe bien todavía cuanto debe a este abogado y escritor que fue un padre y un protector para muchos. El parlamentario Antonio Tavolari, haciéndose eco del sentir general de los escritores, viene dotando año tras año un concurso de ensayo destinado a perpetuar su nombre.

EPIGRAFES

El pasado cultural de Valparaíso
El siglo XIX
Carlos Pezoa Véliz
Pedro Prado
El Ateneo de Valparaíso
Luis A. Hurtado López
José Peláez Tapia
Carlos Barella
Pascual Brandi Vera
Jacobó Danke
Leucoton Devia
Enrique Ponce
Horacio Olivós
María Antonieta Le Quesne
María Raquel Cereceda
Alejandro Galaz
Zoilo Escobar
Leonardo Eliz
Daniel de la Vega
Augusto D'Halmar
Teresa Bórquez
Nefthalí Agrella
Alfredo Guillermo Bravo
Ramón Clarés
Egidio Poblete
Alberto Mauret Caamaño
Victoriano Lillo
Genaro Winet
Carlos Casassús
Rafael Coronel
Victoria Contreras
Amalia Salas
Elena Osuna
Sergio Escobar
Julio Salcedo